



# Cómo se cocinan los rankings universitarios

*How to cook the university rankings*

■ Emilio Delgado López-Cózar\*

## Resumen

En este breve ensayo se parte de la premisa de que confeccionar un ranking de universidades es una tarea muy similar a cocinar un plato. Tanto los resultados de uno como el sabor del otro dependen de los ingredientes empleados (dimensiones e indicadores), de la calidad de la materia prima (fuentes de datos), de la cocina y del cocinero (preparación y proporciones). Me propongo reflexionar sobre cada uno de estos aspectos con el fin de que el consumidor de rankings se enfrente de forma crítica a la lectura e interpretación de las múltiples tablas y clasificaciones de Universidades que pululan por doquier en la actualidad.

## Palabras clave

Universidad. Educación Superior. Docencia. Investigación. Transferencia de conocimiento. Rankings. Indicadores de rendimiento. Bibliometría.

## Abstract

In this brief essay we rest on the assumption that developing a ranking is somehow similar to cooking a dish. Both, the former's results and the latter's taste, depend on the ingredients we use (dimensions and indicators), the quality of the data (data source), the kitchen and the cook (preparation and proportions). I ponder over each of these aspects in order to prepare the consumers of rankings for a critical understanding and interpretation of the many university tables and classification that currently swarm all around.

---

\* El autor es catedrático de Metodología de Investigación de la Facultad de Comunicación y Documentación (Universidad de Granada, España) y miembro de EC3 (Evaluación de la Ciencia y de la Comunicación Científica; [www.ec3.ugr.es](http://www.ec3.ugr.es)). Correo electrónico: [edelgado@ugr.es](mailto:edelgado@ugr.es).

### Key words

University. Higher education. Teaching. Research. Knowledge transfer. Rankings. Performance. Benchmark. Bibliometrics

## 1. Pasión por los rankings en la morada del saber: la Universidad

El hábito anglosajón de clasificar competitivamente todo lo mensurable, algo inherente al sistema capitalista de libre mercado en el que vivimos, se ha convertido en el medio habitual para determinar el poderío de las naciones, instituciones, grupos y personas en todos los órdenes de la vida: economía, sociedad, cultura, ocio... Las clasificaciones en las distintas ligas deportivas, que inundan y ocupan gran espacio en los noticiarios televisivos y medios de comunicación de masas, han educado nuestra retina y nos han predispuerto favorablemente a ello. La ciencia, en general, y la Universidad, en particular, no son una excepción, pues participa en estos juegos con tanto entusiasmo como el que más.

Son muestras de esta pasión por los rankings de universidades:

- Su proliferación en todos los países del mundo desarrollado y en desarrollo: no menos de 40 países publican regularmente uno o más rankings. En España, en el último quinquenio han aparecido una decena. Y a nivel global ya existen 15 (Orduña, 2012). En fin, los rankings de universidades han pasado a ser elaborados por especialistas, menos especialistas y, en última instancia, casi por cualquiera que tenga interés... o intereses, y esto último sí que podría resultar preocupante.
- La aparición de un sistema de información sobre rankings (*Ranking Systems Clearinghouse* apadrinado por el *Institute for Higher Education Policy*<sup>1</sup>) y de un observatorio encargado de velar por la calidad y rigor de los rankings promoviendo principios y buenas prácticas en la edición de rankings (*IREG Observatory on Academic Ranking and Excellence*, que bajo el patrocinio de la UNESCO, reúne a algunos de los promotores de rankings y especialistas en la materia<sup>2</sup>).
- El nacimiento de instrumentos que intentan sintetizar el puesto de las universidades en los distintos rankings, a fin de facilitar su comparación. En España acaba de nacer *MetaRankings EC3 de universidades*, patrocinado por el grupo EC3 (*Evaluación de la Ciencia y Comunicación Científica de la Universidad de Granada*)<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> <http://www.ihep.org/Research/Rankingsystemsclearinghouse.cfm>.

<sup>2</sup> [http://www.ireg-observatory.org/index.php?option=com\\_frontpage&Itemid=1](http://www.ireg-observatory.org/index.php?option=com_frontpage&Itemid=1).

<sup>3</sup> <http://ec3.ugr.es/metaranking/metaranking.html>.

En este contexto, no hay que ser un fino observador de la realidad universitaria para darse cuenta que en esta materia existe un antes y un después con la aparición del conocido como ranking Shangai en 2003 (ARWU: *Academic Ranking of World Universities* elaborado por la *Shangai Jiao Tong University* de China). Éste ha alterado las mansas aguas de la educación superior en todo el mundo y su impacto ha sido inmediato: sorprendentemente se ha convertido *de facto* en un sistema clasificatorio de referencia internacional, a pesar del alboroto y críticas causadas por su evidente debilidad metodológica (Van Raan, 2005). Este ranking, junto a otros gestados a su estela, se han colado no sólo en los campus universitarios, cuyos gestores los devoran e intentan afanosamente mejorar la posición de su universidad al precio que sea, sino también en la agenda de los políticos que entienden que en estos podios se dirimen los honores patrios del progreso económico y social (European Commission, 2010; Rauhvargers, 2011). Las consecuencias son claras:

- Los rankings de universidades han llegado para quedarse.
- Cuando un ranking existe es imposible ignorarlo; parece que las aceradas críticas y descalificaciones con que muchos de ellos son saludados e, incluso, boicoteados, lo único que hacen es incrementar la atención de los ávidos consumidores y motivar más a sus promotores.
- Los rankings tienen efectos en el mundo académico y están condicionando las políticas universitarias hasta extremos, en algunos casos, absurdos (Hazelkorn, 2011).

Como declaración general, vaya por delante que todos debemos sentirnos pre-dispuestos a aceptar, si no entusiastamente, sí, al menos, favorablemente dichas iniciativas ya que demuestran un saludable cambio de hábitos. Reflejan la transición de una Universidad sesteante, dispensadora de títulos, indiferente a las necesidades de la ciudadanía, repleta de funcionarios sometidos a muy escasos controles y de espaldas a cualquier suerte de comparación, a otra más preocupada de adaptar su oferta a las necesidades de la sociedad y dispuesta como cualquier otro grupo social a establecer unas formas de valoración que permitan determinar su nivel de rendimiento.

Con seguridad, la nueva situación es más incomoda para los que vivimos en este medio, pero también más acorde con la realidad competitiva que nos rodea a todos los niveles. A menudo se nos olvida que la Universidad también es una empresa, una empresa pública, pero empresa a fin de cuentas y, por lo tanto, debe someterse también al juego de la competencia y rendir cuentas de resultados a sus accionistas, los ciudadanos. Los rankings forman parte del libro de cuentas.

Ahora bien, aceptado el principio, es necesario igualmente discutir y acordar unas reglas de juego comunes y aceptables para todos los afectados a la hora de las valoraciones y tener claro también, que lo principal no es salir mejor o peor parado en una clasificación, sino tener claros los objetivos, lo que se quiere ser como institución.

## **2. ¿Por qué surgen los rankings de universidades? ¿Para qué y para quién se hacen? ¿Para qué sirven?**

En principio, surgen para responder a tres necesidades básicas:

- Orientar a los estudiantes en la elección de la institución donde cursar estudios. Qué estudiar, dónde y cómo hacerlo son los tres interrogantes básicos a los que se enfrentan los futuros universitarios. Una correcta elección es trascendental para padres e hijos, pues de ella puede depender el futuro laboral. No obstante, diversos estudios (Orduña, 2012) demuestran, en general, que los rankings no son factores determinantes en la elección de centro, sino más bien sirven para confirmar las percepciones y las decisiones tomadas; bien es verdad que se observan diferentes comportamientos según el entorno social y cultural al que se pertenece.
- Informar a los gestores de la universidad sobre sus fortalezas y debilidades en todos los ámbitos de su actividad (docencia, investigación, transferencia de conocimiento, gestión, infraestructuras). Hacerlo de manera competitiva comparativamente hablando, es relevante para identificar dónde se encuentran, para saber con quién deben competir y, en definitiva, para mejorar como institución.
- Informar a los responsables de la política educativa (internacional, nacional o regional) para la toma de decisiones, bien sea en la planificación estratégica de instituciones o titulaciones, o en la financiación de las mismas.

Pero, independientemente de estas beatíficas funciones, es evidente que los rankings están sirviendo para muchas otras cosas, unas beneficiosas y otras contraproducentes. Varios trabajos (Orduña, 2012) han indagado sobre los efectos e impacto de los rankings en los usuarios (estudiantes, profesores, gestores universitarios, políticos y público, en general) y han llegado a las siguientes conclusiones:

- Levantan el ánimo de algunas universidades y deprimen a la mayoría, pues unas (las menos) ganan reputación y, otras (las más), la pierden. Por ello unas se convierten en entusiastas partidarias y otras en encarnizadas enemigas, en función de lo favorable o desfavorable de los resultados. Los datos de las encuestas realizadas entre gestores universitarios hablan por sí solos: la mayoría de las universidades están insatisfechas con la posición obtenida y la inmensa mayoría desean mejorarla, pues consideran que un mal lugar en los rankings puede conducir a una irreparable pérdida de reputación, una imagen pública negativa y, con ella, el ingreso en el círculo vicioso: menos y peores alumnos, menores ingresos; peores profesores; más gastos; peor calidad docente e investigadora.
- Los rankings afectan en diversa medida y en distintos ámbitos el comportamiento y las decisiones de las instituciones universitarias. Sólo una minoría piensa que los rankings no han tenido ningún impacto en su institución.

- Condicionan la planificación estratégica de la universidad modificando objetivos y prioridades. Declaraciones programáticas como las de la Universidad Politécnica de Cataluña: «Un mejor posicionamiento en los rankings internacionales de prestigio, mediante el impulso de estrategias de estudio de indicadores de impacto de estos rankings y la adopción de medidas internas de mejora en esta línea», palidecen ante las explícitas de la *Warwick University*, que pretende ser la 50 del mundo en su 50 aniversario en 2015, o la de la *Tohoku University*, que pretende estar entre las 30 mejores en 10 años (Orduña, 2012). En algunos casos, los rankings precipitan la fusión o supresión de universidades. Esta actitud es plausible cuando conduce a la mejora de las misiones básicas de la universidad, pero execrable cuando se convierte en un fin en sí mismo, en la idea de que sólo así la universidad podrá entrar en un círculo virtuoso: mejorar su reputación y en función de ella atraer a los mejores estudiantes y profesores, así como captar recursos, predisponiendo favorablemente a los posibles financiadores (políticos, gestores, empresas). Mejorar la posición de la universidad en el ranking cueste lo que cueste es una práctica condenable que ya está ocurriendo y que, en algunos casos, está conduciendo, incluso, a aberrantes y antiéticas conductas, como manipulación o falsificación de datos estadísticos.
- Los rankings influyen en la atracción de estudiantes: la demanda y matriculación se ven afectadas.
- Inciden en la financiación determinando la captación de recursos y la recaudación de fondos.
- Determinan las políticas de alianza y colaboración con otras instituciones académicas en diversos proyectos y programas.
- Inciden en la política Web de la universidad, en la medida en que mejoran la información institucional de sus páginas Web, e incentivan la visibilidad de recursos de aprendizaje y productos de la investigación.
- Orientan las políticas de productividad investigadora, reforzándose los estímulos a la publicación en medios de referencia internacional.
- Poseen un extraordinario impacto, sobre todo los internacionales, en los gobiernos nacionales al actuar como corrosivos críticos de los sistemas universitarios. En algunos casos, inciden si no en la política de financiación, sí en determinados programas, como los destinados a identificar y promocionar universidades de excelencia (Alemania, España, Japón).
- Afectan a la moral del personal de la universidad.
- Las universidades realizan un seguimiento de los rankings publicados e intentan mejorar la precisión de sus propios datos. Una consecuencia muy positiva es la mejora de la recopilación de datos básicos de la universidad.
- Favorecen fundamentalmente a las elites universitarias: hacen más prestigiosas a las que ya lo son y menos a las que no poseen ese estatus. Los *efectos Mateo* y *halo* operan de forma irremisible (véase nota a pie de la pág. 136).

- Son una herramienta de marketing de primera clase. Las universidades que ocupan los puestos cabeceros los usan con fines publicitarios: pueblan las páginas Web de llamativos comentarios sobre el puesto que ocupan, o pagan anuncios en los medios de comunicación publicitando estos datos. En definitiva, sirven para hacer propaganda de la institución.
- Los rankings poseen una gran atracción mediática, tanto en la prensa nacional como, sobre todo, en la regional y local. Suelen ocupar un espacio privilegiado entre las noticias. Sabedores de esta circunstancia, sus promotores se aprovechan para promocionarlos, y las propias universidades, a través de sus gabinetes de comunicación elaboran notas de prensa laudatorias. Siempre se puede conseguir un buen titular. Sirvan los siguientes ejemplos: «Córdoba, entre las 800 mejores universidades del ranking Web»; «un estudio sitúa a la Universidad de León como la mejor de la comunidad en calidad científica»
- Sirven para vender periódicos. Su publicación por los medios de comunicación, habitual a partir de la década de los 80 del siglo XX con la aparición del *US News and World Report* en 1983, es un negocio sumamente rentable. En 2007, en los tres días en que se anunció su publicación, el portal del *US News and World Report* recibió 10 millones de visitas, frente a las 500.000 habituales; el 80% de los visitantes fueron directamente a las páginas del ranking, y la edición impresa del periódico en que se publicó aumentó sus ventas en un 50%. No sorprende que otros periódicos se hayan embarcado en iniciativas parecidas (Financial Times, The Economist, The Wall Street Journal, El Mundo...).
- Estimulan la creación y proliferación de nuevos rankings, emprendidos en muchos casos por los detractores de alguna clasificación y con la «sana intención» de suplir «las carencias metodológicas». Es lo que ocurrió en Francia, cuando Sarkozy se quejó del injusto tratamiento de las universidades francesas en los rankings internacionales (el de Shangai) e instó, a través de su ministra de Educación, a que la Unión Europea confeccionara un ranking que «visualice de manera acertada el prestigio de las universidades francesas».

Señalados sumariamente los efectos de los rankings, sólo procede llamar la atención ante todo a los responsables de cada universidad (y el colectivo al que representan) para que antes de diseñar estrategias para mejorar el posicionamiento en un ranking se formulen una pregunta esencial: ¿qué universidad queremos y, en consecuencia, cuáles son nuestras apuestas estratégicas? Y, por cierto, aunque no nos guste oírlo, no vale contestar: «quiero hacer la mejor docencia en todos los ciclos y en todas las especialidades; la mejor investigación y la mejor transferencia; quiero, además, las mejores tasas de colocación; muchos retornos económicos; la mejor implantación en la vida social de mi comunidad; la máxima visibilidad en Internet; ganar todos los trofeos deportivos»; y, ya puestos, hasta ofrecer la mejor comida en los comedores universitarios».

En un entorno de recursos limitados, una planificación sería implica priorización

y, aunque no se quiera reconocer, elegir unos objetivos a costa de otros, aunque naturalmente no se abandonen estos últimos (ni siquiera la calidad de la dieta en los comedores).

Hecha esta elección se debe utilizar el ranking que mejor refleje estas prioridades, y no al revés, elegir las prioridades en función de los rankings.

### 3. La cocina de los rankings

#### *3.1 Las misiones de la Universidad: dimensiones e indicadores*

A la hora de confeccionar un ranking, como a la hora de cocinar un plato, la primera disyuntiva que se nos plantea es: ¿qué ingredientes se van a emplear? o, lo que es lo mismo, ¿qué dimensiones medir? Por seguir con el símil que titula el trabajo, los ingredientes que se pongan en la receta y las dosis a las que se combinen darán como resultado un plato aceptable para cualquier paladar; es decir, una clasificación ajustada, o, por el contrario, un rancho cuartelero. Parece obvio, que dichas dimensiones deben ser las misiones de la Universidad: la enseñanza, el cultivo y la transmisión del saber. A ello habría que añadir la infraestructura (instalaciones, equipamiento, financiación) con la que cuenta para cumplir sus fines, así como el entorno en el que se desenvuelve (desde el físico al económico, social y cultural).

La siguiente pregunta está servida: ¿Se pueden unificar en un solo número y en una sola tabla clasificatoria todas estas dimensiones? Según mi parecer, puede hacerse, aunque no se debe. Medir el rendimiento global de una institución formada por actividades tan diversas entre sí es peligroso y discutible, y puede conducir a ver más que la realidad, constructos de la realidad. No creo que se puedan ni deban mezclar las misiones de la Universidad, pues poseen una naturaleza e idiosincrasia propia que exige una medición diferenciada. Acaso, ¿se pueden mezclar peras con manzanas?; ¿se pueden cocinar las lentejas con vinagre? Si se hace, atengámonos a las consecuencias.

¿Puede un índice sintético reflejar el hecho de que una universidad destaque en una dimensión, variable o indicador y no en otros? Esto, que ocurre continuamente, como demuestra Orduña (2012) en su estudio sistémico de las universidades españolas, es una obviedad que alcanza ribetes de verdad paladina. Es evidente que las múltiples dimensiones de la Universidad se avienen mal a este tipo de índices sintéticos y globales de toda su actividad.

En cambio, parece razonable intentar sintetizar en índices compuestos las distintas variables que conforman cada una de las misiones universitarias de forma independiente. Aspirar a reunir en un índice los indicadores que miden diversos aspectos de una dimensión, no sólo es legítimo sino recomendable. Así, por ejemplo, al medir la repercusión científica de las publicaciones no estaría mal reunir en un sólo índice indicadores como el número de citas por publicación, el porcentaje de documentos citados, el porcentaje de investigadores y trabajos altamente citados,

la tasa de citación externa, doméstica y de autocita. Se trata de indicadores que miden distintos aspectos de la repercusión científica y que, por lo tanto, pueden complementarse entre sí.

En definitiva, la aspiración de los rankings debiera ser medir lo bien que la universidad educa, investiga o mejora su entorno, y con qué medios cuenta para ello, con indicadores diferenciados y renunciando expresamente a índices compuestos o sintéticos que integren las tres misiones universitarias.

Pues bien, justamente todo lo contrario de lo dicho hasta ahora es lo que hace el que se ha convertido en el referente de los rankings: el *Academic Ranking of World Universities*, cuya reputación es tan elevada como escaso su rigor metodológico.

CUADRO I.  
*Criterios utilizados en la confección del ranking Shanghai (ARWU: Academic Ranking of World Universities) (Liu & Cheng, 2005)*

Criterios	Indicador	Definición	Peso
Calidad de la educación	Alumni	Alumnos de una institución que han ganado un premio Nobel o medalla de reconocido prestigio en su campo	10
Calidad del personal	Award	Personal de una institución que ha ganado un premio Nobel o medalla de reconocido prestigio en su campo	20
	HiCi	Investigadores altamente citados en 21 campos científicos	20
Producción científica	NyS	Artículos publicados en Nature y Science	20
	SCI	Artículos indexados en SCI o SSCI	20
Tamaño de la institución	Size	Rendimiento académico de acuerdo al tamaño	10

A la vista de los cinco criterios que utiliza (Cuadro 1) para medir globalmente a una universidad, cabría preguntarse: ¿Dónde está la docencia? ¿Miden la capacidad docente de una universidad el número de alumnos o de profesores que han ganado un premio Nobel o medalla de reconocido prestigio en su campo?

Dado que los premios y medallas contempladas son los premios Nobel en Física, Química, Economía y las medallas Field en Matemáticas, ¿dónde están representadas las Humanidades, Ciencias sociales, Ingenierías y otras disciplinas experimentales? Con los premios en cuatro disciplinas, ¿se puede medir el rendimiento docente de todas las disciplinas y especialidades de una universidad? ¿En qué se basa para otorgar un peso del 10% a la docencia? Y, respecto a la investigación, ¿se puede medir la capacidad investigadora de una universidad sólo con lo publicado en Nature y



Science y en los artículos indizados en las bases de datos del *Science Citation Index* (SCI) y *Social Sciences Citation Index* (SSCI)?

De nuevo cabe preguntar: ¿dónde están las publicaciones en Humanidades?; ¿están bien representadas en esta base de datos las publicaciones en Ciencias sociales?; ¿por qué atribuir un peso del 60% sólo a la producción científica reflejada en esas bases de datos?; ¿dónde está la transferencia?

El siguiente paso en la cocina de un ranking es escoger del conjunto de ingredientes posibles aquellos que sean adecuados y puedan combinarse. Esto nos conduce a hablar de indicadores. Lo que debemos exigir aquí es que las principales variables de cada dimensión sean pertinentes para las mismas y que los indicadores que pretenden medirlas sean fiables y válidos.

En términos de docencia la aspiración de un ranking debiera ser: *a*) medir si los profesores enseñan bien (magisterio), *b*) si los alumnos aprenden con aprovechamiento (aprendizaje), y *c*) si esto se traduce en mejores habilidades y capacidades para insertarse en el mercado laboral para el que se están formando. Por tanto, el rendimiento docente de una universidad se mide parcialmente con indicadores de rendimiento académico (como, por ejemplo, las tasas de abandono y de graduación, o la duración de los estudios) e inserción laboral; con test de control de conocimientos (aptitudes y actitudes); encuestas de satisfacción de estudiantes y egresados; el uso y repercusión de los recursos de aprendizaje producidos por una universidad y colgados en la red (visitas, descargas, enlaces). En definitiva, los pedagogos han confeccionado una exhaustiva batería de indicadores; pero todavía andan a la greasca con el asunto y, que sepamos, no han sido capaces de producir un modelo evaluativo de la función docente que sea mínimamente consensuado.

En términos de investigación, la aspiración es medir la capacidad de generación de conocimiento de una universidad. Tal vez sea el ámbito en el que los indicadores están más depurados y consensuados: la capacidad de producción a partir del número de publicaciones en medios de comunicación de referencia, junto a su repercusión científica, medida en términos de impacto, visibilidad y citación, son estándares muy asumidos. Las discrepancias entre rankings se centran en la diversidad de indicadores empleados para medir estas variables, ya que introducen matices que hacen que los resultados sean difícilmente comparables pero fácilmente previsibles.

La capacidad de transferir eficazmente conocimiento a la sociedad es mucho más difícil de medir. Los datos sobre el número y tipo de empresas promovidas por la universidad, patentes, contratos, organización de eventos culturales o recepción de enlaces a la institución a través de la Web, captan distintos aspectos del impacto del conocimiento en la sociedad. Aquí hay mucho por hacer, ya que la multiplicidad de las actividades de transferencia exige variados indicadores. Lamentablemente, a día de hoy no se dispone de fuentes de datos ni herramientas que ayuden a fijar estas actividades, si bien la Web ofrece prometedores desarrollos a este respecto.

Es mucho más fácil ofrecer información estadística sobre la calidad de la infraestructura de una universidad: ratios profesor/alumno, coste de matrículas, presupuesto

por estudiante, instalaciones y espacios (metros cuadrados), equipamiento informático o bibliográfico, personal de administración y servicios, etcétera.

Por último, sólo cabe advertir que es muy recomendable usar indicadores de rendimiento y relativizar los datos (qué resultados se obtienen, pero con qué medios o recursos). Si no se hace así se corre el riesgo de estar midiendo exclusivamente el tamaño de las instituciones. Obviamente aquellas universidades que posean mayor tamaño (profesores, alumnos, personal de administración y servicios, titulaciones de grado y posgrado, presupuestos) poseerán una mayor actividad. De hecho cuando uno observa el posicionamiento de las universidades españolas en ocho de los principales rankings (véase Metaranking EC3 de universidades españolas<sup>4</sup>) observa lo siguiente: Ninguna de las 35 con menor número de profesores figura en los 25 primeros puestos de cualquiera de los rankings; y viceversa, ninguna de las 25 universidades españolas con mayor número de profesores se encuentra en los 30 últimas posiciones de los rankings.

Pero, el tamaño opera también de otra manera en las universidades, al menos en el caso español: las generalistas suelen ser muy grandes, y las especializadas, sobre todo las más jóvenes, son pequeñas. Y, aunque relativizar el tamaño parece sencillo, no lo es tanto porque introduce unas dinámicas propias que afectan a la asignación de recursos que han de producirse bajo condiciones muy diferentes.

### *3.2 La materia prima: las fuentes de datos y las técnicas de recogida*

En la cocina de un buen plato la calidad de los ingredientes es un aspecto determinante. Lo mismo ocurre con los rankings de universidades. Aunque aquí debemos hablar por un lado de las fuentes de datos y, por otro, de las técnicas y métodos de recogida.

Evidentemente, no es lo mismo trabajar con información proporcionada por la administración que dirige la política universitaria (ministerio, comunidades autónomas), que con información suministrada por los propios centros universitarios; con datos extraídos de bases de datos externas (bibliográficas), que con datos obtenidos directamente de encuestas a alumnos, profesores, investigadores o gestores.

La falta de control y conocimiento del proceso de obtención, procesamiento y registro de la información puede limitar seriamente la fiabilidad y calidad de los resultados. Conviene no olvidar que la calidad de los resultados de un ranking será proporcional a la calidad de los datos manejados. Por tanto, es preciso valorar la exhaustividad en la cobertura de información y la precisión de los datos y, sobre todo, los controles que se han empleado para verificar su calidad. Este es un tema bien conocido cuando medimos la investigación a partir de los recuentos de publicaciones y de citas. El empleo de una base de datos u otra deviene en trascendental (sesgos temáticos, geográficos, lingüísticos).

---

<sup>4</sup> <http://ec3.ugr.es/metaranking/metaranking>.

Por otra parte, están los métodos de recogida de datos. A este nivel hay que decir que existen básicamente dos medios: *a)* los datos cuantitativos sobre infraestructura, actividades docentes, investigadoras y de transferencia obtenidos de las fuentes y por los procedimientos ya comentados, y *b)* las encuestas de opinión. Sobre el primer método, sólo cabe reafirmar que todo depende de la calidad de la fuente de datos. Sobre la encuesta conviene decir algo más.

Ante todo, está claro que las encuestas miden opiniones de diversos actores del sistema universitario: alumnos, egresados, profesores y gestores, empleadores. No miden la calidad de una universidad, sino la percepción de dicha calidad. Y ni siquiera esto es posible, pues para poder opinar sobre la calidad de una universidad en sentido estricto sólo podrían hacerlo aquéllos que hubiesen estudiado o trabajado en ella. Sólo las encuestas de satisfacción dirigidas a los actores de la universidad podrían medir indirectamente la calidad en la prestación de alguna de las misiones universitarias (por ejemplo, la docente). Más bien, en las encuestas, como las empleadas en la mayoría de los rankings universitarios actuales, lo que se mide es la reputación y el prestigio de la universidad y no la satisfacción o la calidad.

En el caso de encuestas internacionales es difícil opinar sobre universidades que ni siquiera se conocen o de las que solo se conoce el nombre. Es lo que ocurre con las sempiternas universidades anglosajonas del *triángulo de oro*: Harvard, Stanford, Yale, Princeton, Oxford, Cambridge. Aquí el efecto halo actúa con toda crudeza cuando se pregunta cuáles son las cinco mejores en una determinada titulación y se incluye en las respuestas a universidades que ni siquiera la imparten.

Debemos ser conscientes de que lo que realmente se está midiendo es el conocimiento y el (re)conocimiento de la institución, pero no su calidad. ¿Cuántas universidades puede conocer directa o indirectamente, y no de oído, un encuestado a nivel internacional?; ¿y a nivel nacional? Sin duda, se pueden contar con los dedos de la mano.

Asimismo, en las encuestas debe extremarse el rigor técnico y metodológico con que se confeccionan. Cuestiones como la selección aleatoria de la muestra, de su representatividad respecto del universo, de los errores de muestreo, o de las tasas de respuesta, son claves para poder aceptar sus resultados como válidos.

Un ejemplo paradigmático de las malas prácticas señaladas en este apartado lo constituye el ranking de las «50 carreras» más demandadas en España publicado por el diario El Mundo. Un 40% de la valoración final se atribuye a partir de una encuesta «voluntaria, anónima y aleatoria» a profesores. ¿Cómo pueden conjugarse estos tres adjetivos? Otro 50% de la valoración final procede de la valoración de una serie de indicadores basados en «datos procedentes de la propia universidad», que se describen como sigue: «Las universidades, en su mayoría, aportan los siguientes datos. De no hacerlo, estos se analizan de modo más general a través de las memorias, que son documentos públicos». Sobran las palabras. Por último, un 10% de la valoración se atribuye a partir de «...estudios externos, como resultados en

rankings internacionales, informes de la ANECA (Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación), memorias de autoevaluación del propio centro, o resultados de informes de universidades españolas, entre otros». En fin, un pastiche o revuelto de difícil digestión.

La manera de evitar las deficiencias en la calidad de los datos sobre la actividad universitaria en países como el nuestro sería la construcción de un sistema de información público. En su informe sobre la calidad de nuestras universidades, la ANECA lo advertía claramente: «En la actualidad, España carece de un sistema de información capaz de dar cuenta, de forma sólida y sostenida, de la calidad de las titulaciones e instituciones universitarias. La existencia de políticas y procedimientos adecuados para seleccionar, recoger, almacenar y recuperar información válida y fiable es seguramente uno de los retos más importantes a los que se enfrenta la evaluación de la calidad en las universidades españolas» (ANECA, 2007).

### *3.3 Las proporciones: el peso de los indicadores.*

Una vez que disponemos de los ingredientes y nos hemos asegurado de su calidad, el siguiente paso en la cocina de un ranking es combinarlos atendiendo a unas proporciones que le den ese sabor que hace inolvidable un buen plato. Dado que casi todos los rankings trabajan con diversos indicadores, es preciso decidir cuál es el peso de los mismos en la valoración final. Pues bien, si se leen atentamente las notas metodológicas sobre los rankings universitarios más afamados (*Academic Ranking of World Universities*, *The World Universities Rankings*, *QS University Rankings*, Ranking de Taiwan), se observa que los pesos otorgados a los indicadores no son justificados con argumentaciones científicas. ¿En qué se basan? Pues, exclusivamente en las opiniones de quienes elaboran el ranking, sin más explicaciones. Es obvio que debiera justificarse e idealmente fundamentar empíricamente el porqué de los pesos. No olvidemos que el resultado final de la cocina dependerá fundamentalmente de esta combinación. ¿Aceptarían los científicos que un trabajo de investigación no se hiciera así?

### *3.4 Unidad de análisis: institucional, dominio temático y ámbito geográfico*

Otra de las cuestiones cruciales en la cocina de un ranking es la decisión sobre cuál será la unidad de análisis a emplear a nivel institucional, temático o geográfico. No es lo mismo realizar un ranking general por universidades que por las entidades que las componen (facultades, departamentos, grupos de investigación); que uno de los diversos saberes, disciplinas o especialidades que se enseñan y sobre las que se investigan; o elaborar un ranking nacional que uno internacional.

En este punto me parece imprescindible contestar previamente una cuestión clave: ¿las universidades son entes homogéneos?; o, ¿son conglomerados compuestos de agregados con perfiles muy distintos entre sí? Es obvio que ni las materias o disciplinas en que se ha dividido el cultivo y enseñanza del saber, ni las instituciones en que estas se vertebran orgánicamente son similares por su propia naturaleza. Sus

rasgos cognitivos, quehaceres, competencias y orientaciones, sus hábitos de comportamiento y conductas docentes e investigadoras son tan distintas entre sí que es evidente no pueden ni deben ser agregados de manera simplista y mecánica. En este caso el todo (la universidad) no es la suma de las partes.

Conviene no olvidar que los profesores, estudiantes, gestores, empleadores no califican las universidades en su conjunto. Cuando un estudiante quiere cursar una carrera, no desea matricularse en la Universidad de Oviedo o en la de Murcia, sino en la mejor Facultad de Medicina o de Físicas. Cuando un profesor contempla la actividad investigadora en su especialidad piensa exclusivamente en el terreno de su frontera disciplinar y no en el campus universitario en su conjunto.

Por otra parte, todas las universidades no alcanzan los mismos niveles de excelencia en todos los campos del saber. Los rankings que se han elaborado en España para medir la actividad investigadora según disciplinas científicas (Torres et al. 2011a,b, véase <http://www.rankinguniversidades.es>) así como lo que a nivel internacional poseen esta orientación<sup>5</sup>, demuestran que sólo unas pocas universidades encabezan todos o casi todos los campos o especialidades científicas: son las consideradas universidades *top* a nivel internacional (*Golden Triangle o the US Ivy League*) o nacional. La mayoría sólo destaca en una o varias disciplinas.

Y es que los perfiles temáticos y laborales de las universidades son muy distintos (Bordons, 2010). No se trata de que unas sean públicas y otras privadas, de que unas sean muy antiguas y otras no. Aunque pueda parecer sorprendente, eso es lo que menos nos debería preocupar. Lo realmente importante, a mi juicio, es que las propias universidades poseen perfiles disciplinares muy diferentes. Si tomamos el caso español, para empezar las hay generalistas (Complutense, Barcelona, Valencia o Granada) y especializadas, bien porque sean politécnicas (Cataluña, Madrid, Valencia) o porque hayan sido fundadas recientemente y lo hayan sido con una clara orientación temática (Miguel Hernández, Carlos III, Pompeu Fabra). Es evidente que no son iguales aquellas universidades que poseen abundantes titulaciones de humanidades y ciencias sociales que aquellas volcadas a las ciencias experimentales o aplicadas.

La estructura y organización laboral de la Universidad es de enorme trascendencia. No es igual una que otra en función del porcentaje de profesores funcionarios y, por supuesto, no son lo mismo en función de los pesos en la plantilla de las distintas categorías laborales: catedráticos, titulares, titulares de escuela universitaria, contratados doctores, ayudantes doctores, ayudantes, colaboradores o profesores visitantes. Al calibrar la capacidad investigadora de una universidad, es determinante el peso que puedan tener sobre la plantilla los profesores no doctores (titulares de escuela universitaria, ayudantes, colaboradores).

Si en un ranking de investigación se mezclan todos estos elementos como en una macedonia de frutas, por seguir con las comparaciones culinarias, las universidades pequeñas, jóvenes y orientadas a las ciencias experimentales (Ingenierías, Salud y,

---

<sup>5</sup> <http://www.excellenceranking.org>.

por razones de visibilidad de las fuentes, a algunas disciplinas de Ciencias sociales como la Economía o la Psicología) y con menos funcionarios y menos profesores no doctores, siempre saldrán mejor que las grandes, generalistas y antiguas, que suelen tener un fuerte componente de títulos de Humanidades, las cuales resultan mucho menos visibles y, por tanto, más difíciles de valorar. O, dicho más crudamente, actúan como una rémora en estas valoraciones por los sesgos metodológicos que introducen. Y esto no dice mucho sobre la calidad de unas y otras, sino sobre cómo están cocinados los rankings.

Por seguir con las analogías, sería como organizar una carrera de coches deportivos poniendo en la parrilla de salida un Fórmula 1 y otro preparado para el Dakar. El trazado y la características de los coches serán los que decidan el resultado y no la mayor o menor pericia del conductor y su equipo.

Parece una precaución elemental tener en cuenta el perfil de cada universidad para agruparlas por sus similitudes, pero curiosamente eso no se suele tener en cuenta. Por lo que, si se quieren hacer lecturas adecuadas de los rankings, la clasificación de las universidades debe hacerse comparando sólo lo comparable, ya que sólo así se pueden elaborar unos escalafones justos. En definitiva, los rankings deben elaborarse por disciplinas (Física, Química, Matemáticas, Historia, Sociología...) o departamentos pertenecientes a una misma área de conocimiento

Despejada la incógnita del dominio institucional y temático que adoptará un ranking, otro aspecto a dilucidar es su ámbito geográfico: nacional/doméstico o internacional. Se calcula que en todo el mundo existen aproximadamente unas 20.000 universidades; de ellas, 79 son españolas. La cuestión a plantear aquí es si se pueden comparar universidades que pertenecen a contextos económicos, sociales y culturales tan distintos.

Es evidente que, a pesar de la fuerte tendencia a la uniformización que lleva aparejada la globalización, los modelos universitarios son tan variados como los países y zonas geopolíticas en las que se desenvuelven las universidades. En la vieja Europa, la cuna de la Universidad, y en la que se aspira a la convergencia (para eso se ha gestado el «plan Bolonia») existen casi tantos modelos de universidad como países. ¿En qué se parecen una universidad inglesa, una francesa, una española o una polaca? Y cuando ya damos entrada a Asia, América del Norte, Sudamérica, África o el Oriente Próximo, los modelos universitarios se multiplican. Por ello, pienso que los rankings internacionales tienen poco sentido, aunque no hay que descartarlos cuando se trata exclusivamente de medir dimensiones de carácter básico y universal. Un ejemplo paradigmático son los *rankings Web* en los que se miden no sólo la transparencia y visibilidad de las universidades en la Web sino, indirectamente, su impacto global.

En cambio, los rankings nacionales adquieren pleno significado: un mismo marco jurídico y un parecido contexto social, económico y cultural hacen posible que las universidades tengan cierto parecido estructural.

### 3.5 Unidad temporal de análisis

La unidad de tiempo empleada para confeccionar y publicar un ranking es otro ingrediente en la cocina de un ranking. Acostumbrados como estamos a recibir anualmente la tabla clasificatoria de las distintas ligas deportivas o la lista de ricos, actores y demás personal de la farándula según ganancias, parecería que con las universidades deberíamos proceder de la misma manera. Debemos distinguir la unidad temporal de análisis de la fecha de publicación, que son dos aspectos ligeramente distintos. En cuanto al marco temporal de análisis, entiendo que las series anuales carecen de sentido. ¿Se refleja bien la realidad de una institución por lo acontecido en un año? ¿Las circunstancias docentes, investigadoras y de transferencia social cambian tan rápidamente? ¿Pueden producirse oscilaciones anuales acusadas en actividades que exigen procesos madurativos tan amplios? Es evidente que las series anuales deben ser descartadas. Es mucho mejor utilizar series temporales amplias, como períodos de cinco o diez años que captan fielmente la capacidad estructural y coyuntural de una universidad. Se dota con ello de estabilidad a los resultados y se evitan las oscilaciones propias de los números pequeños y de los acontecimientos puntuales.

En lo que respecta a la fecha de publicación, es aceptable realizarla anualmente. Se trata de emplear series temporales amplias publicadas anualmente, esto es, en 2012 se publicaría el quinquenio 2007-2011, o el decenio 2002-2011. Así es factible detectar cambios de tendencia en la actividad docente y científica.

## 4. Epílogo

Un ensayo sobre cocina debe irremediamente concluir con una receta relativamente sencilla para todo aspirante a cocinero. Esta es mi receta para un cocinero de rankings: no debe utilizar demasiados ingredientes; es decir, es mejor emplear pocos indicadores pero significativos; procure cocinarlos de la forma más objetiva y neutral que pueda, valorando las características comunes y diferenciales de las instituciones, sin emplearlos nunca como un arma arrojadiza; no pierda de vista que los rankings son un instrumento, no un fin en sí mismos y que lo verdaderamente importante es tener claro a la hora de interpretarlos lo que cada universidad aspira a conseguir, y poco más.

Y para los comensales nada mejor que formular un decálogo de mandamientos para consumir, digerir e interpretar adecuadamente los rankings:

- I. Por principio desconfíe de un ranking. Active sus mecanismos de defensa intelectual: escepticismo, duda metódica y espíritu crítico.
- II. Transparencia: compruebe qué puede averiguar con claridad, quién los hace, con qué propósito y cómo los elabora (los ingredientes, la cocina y el cocinero).
- III. No admita que se mezclen dimensiones indiscriminadamente.

- IV. Cerciórese de que la materia prima es de calidad: las fuentes de datos han de ser exhaustivas y las técnicas de recogida, precisas.
- V. Compruebe que los indicadores son los apropiados para cada dimensión y que la miden de forma fiable y válida.
- VI. Asegúrese de que se relativizan los datos (qué resultados/con qué medios) y se emplean indicadores de rendimiento (más con menos).
- VII. Verifique que los pesos y proporciones de las dimensiones e indicadores se fundamentan empíricamente.
- VIII. Compruebe que se emplean períodos de tiempo amplios.
- IX. Exija que los rankings se elaboren por campos o especialidades científicas (macro/meso/micro).
- X. Compare lo comparable: clasifique universidades y compare entre sí aquellas que poseen parecido perfil profesional, temático y contextual.

En suma, lea el ranking como un científico y no como un forofó: primero la metodología y, después, la tabla clasificatoria. Es más aburrido, pero siempre sabrá lo que está leyendo. Se lo dice un cocinero de rankings... *Bon appetit!*

## Bibliografía

- Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación [página web en Internet]. Madrid: ANECA, 2007 [citado 2012 mar 15]. La evaluación de la calidad en las universidades. Disponible en: [http://www.aneca.es/var/media/151200/informe\\_cu\\_calidadunis\\_080910.pdf](http://www.aneca.es/var/media/151200/informe_cu_calidadunis_080910.pdf).
- Bordons M, Sancho R, Morillo F, Gómez, I. Perfil de actividad científica de las universidades españolas en cuatro áreas temáticas: un enfoque multifactorial. *Rev Esp Doc Cient.* 2010;33(1):9-33.
- European Commission, editores. *Assessing Europe's University-Based Research.* Expert Group on Assessment of University-Based Research. Luxembourg: Publications Office of the European Union; 2010 [citado 2012 mar 15]. Disponible en: <http://www.kowi.de/Portaldata/2/Resources/fp/assessing-europe-university-based-research.pdf>
- Hazelkorn E. *Rankings and the reshaping of higher education: the battle for world-class excellence.* New York: Palgrave Macmillan; 2011.
- Liu NC, Cheng Y. *The Academic Ranking of World Universities.* *High Educ Eur.* 2005;30(2):127-136.
- Orduña Malea E. *Propuesta de un modelo de análisis redinformétrico multinivel para el estudio sistémico de las universidades españolas (2010)* [tesis]. Valencia: Universidad Politécnica de Valencia; 2012.
- Rauhvargers A. *Global university rankings and their impact. Leadership for WorldClass Universities Challenges for Developing Countries.* Brussels: European University Association; 2011 [citado 2012 mar 15]. Disponible en: [http://www.eua.be/pubs/Global\\_University\\_Rankings\\_and\\_Their\\_Impact.pdf](http://www.eua.be/pubs/Global_University_Rankings_and_Their_Impact.pdf).
- Torres-Salinas D, Delgado López-Cózar E, Moreno-Torres JG, Herrera F. *Rankings ISI de las universidades españolas por campos científicos: Descripción y resultados.* *Prof Inf.* 2011;20(1):111-122.
- Torres-Salinas D, Moreno-Torres JG, Robinson N, Delgado López-Cózar E, Herrera F. *Rankings ISI de las universidades españolas por campos científicos: Descripción y resultados (2ª ed. 2011).* *Prof Inf.* 2011;20(6):701-709.
- Van Raan AFJ. *Fatal Attraction: Conceptual and methodological problems in the ranking of universities by bibliometric methods.* *Scientometrics.* 2005;62(1):133-143.